

IV.

LA ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR DE CERVANTES.

PRÓLOGO DE ESTA CUARTA EDICIÓN.

En 23 de Abril de 1872 celebróse en Cádiz solemnísimamente el aniversario de la muerte de Cervantes con sufragios en la iglesia de Santiago, que fué de la Compañía de Jesus, fundacion del célebre poeta sevillano D. Juan de Arguijo. El túmulo estaba sobre la bóveda que habia de servir de sepulcro á éste y á su esposa. En la cúpula existen las armas de sus linajes. Usóse en la misa el cáliz y las vinajeras con las de D. Juan de Austria, objetos que se conservaban en la capilla del panteon de Marinos ilustres, como recuerdos de la batalla de Lepanto. A la noche juntáronse en mi morada varios no menos excelentes que discretos amigos míos. Leyéronse versos y discursos en loa de Cervantes; y entre ellos este opúsculo, que intitulé la *Última novela ejemplar*.

Cautivó la atencion del auditorio por la novedad del asunto y el unánime y vivo afecto á Cervantes Saavedra.

Un amigo aseguraba que había logrado yo mezclar lo verdadero con lo verosímil, de tal modo, que no se podia distinguir qué era lo verosímil, y qué lo verdadero. Otro

decía : « No he visto morir á ningun semejante mio ; pero creo que qual murió Cervantes debe morir un hombre honrado. » Otro, encareciendo más y más mi obrita, exclamaba : « No soy artista ; pero veo un cuadro de Murillo, y me encanta, y daría por haberlo pintado mis honores y una parte de mi fortuna ; no soy literato y en la *Última novela ejemplar de Cervantes* me acontece lo mismo.

En la *Crónica de los Cervantistas*, que en Cádiz publica mi ilustrado amigo el Sr. D. Ramon León Máynez, han salido á luz algunas cartas de eminentes ingenios españoles en que se leen juicios notables de la *Última novela ejemplar*, de las cuales se trasladan aquí sólo los párrafos más importantes por no alargar más este prólogo.

Es el primer juicio, del Excmo. Sr. Marqués de Molins. Aquel escritor tan ilustre, de nobles frases y levantado espíritu, modelo de claro entendimiento y de acendrado españolismo, dijo al autor :

« Muy señor mio y compañero : He recibido el precioso escrito de V. la *Última novela ejemplar* ; y pues que á la vuelta de la primer hoja dice : *Ejemplar n.º 2*, no he de ser el último en felicitarle.

» El libro no ha caido de mis manos hasta llegar á la última página, y alguna de ellas ha sido ademas salpicada de lágrimas. Dios le pague el buen rato que me ha dado, la edificación de que ha sido causa ; y sobre todo, la justicia que hace á nuestro gran ingenio y á la fe que le animó. Mil enhorabuenas.

.

» Usted, amigo mio, hermanando lo uno y lo otro, ha hecho una joya digna de su pluma y digna de Cervantes.»

El Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, tan docto, tan discreto, de tan elegante estilo, y de pensamientos tan sublimes y acertados, escribió, entre otras cosas, lo siguiente :

« Amigo mio queridísimo : Bien ha sabido V. realzar la memoria de Cervantes, *re et verbo*, en el aniversario de anteayer. No recuerdo más feliz idea que la de V. al disponer la solemnidad religiosa y literaria de Cádiz en ese dia. ¡ Qué observación tan oportuna de cuanto puede hacer al caso para poner de bulto la memoria del Rey de los escritores unida á las glorias gaditanas ! Todo lo sabe hacer á maravilla el talento en un corazón noble y lleno de fe.

» Y ¿ qué diré á V. de la *Última novela ejemplar de Cervantes* ? Si el hombre muere como vive ; si un bello morir honra toda la vida, y si no hay vida ni muerte comparables á las de los predilectos de Dios, no podía discurrirse mejor asunto para esta ocasión que el de pintar los últimos instantes del inmortal ingenio, superiores á todas sus obras, que no tienen igual sobre la tierra.

» ¡ Qué cuadro ha trazado V. de humildad y de grandeza, de dulzura y de consuelo ! Aquel amor casto de la esposa ; aquel visitador celoso y lleno de mansedumbre ; aquel perdón de los enemigos, y de tan poderoso, como Aliaga ; en fin, aquel caballero andante de la humanidad, armado de las más finas y bien templadas armas ; y sobre todo, la sublime lección de que por haber sido cristiano ingenio es Cervantes la admiración del mundo, son

pinceladas maestras que dan valor inmenso á ese cuadro lleno de verdad y de poesía. Yo no he podido leer las últimas hojas de este librito sin que las lágrimas pugnasen por subirse á los ojos. He creído estar presenciando aquella escena, y que todos se movían, pensaban y hablaban como debieron hacerlo en aquella solemne hora. El peregrino pintor de la naturaleza ha descolgado de la pared su pluma, entregándosela á otro pintor excelente.

» Yo también he llevado una florecilla á la tumba de Cervantes con artículos, improvisados puede decirse, para entrambas *Ilustraciones*. No sé si los dos sonetos que me parecen de nuestro escritor habrán sido ya publicados, y me alegraría saber si á V. le suenan, como á mí, de Cervantes.

» En el otro periódico he considerado al cristiano ingenio, teniendo la suerte de coincidir con V. al pié de la letra en la lección moral. No parece sino que nos habíamos comunicado nuestro propósito.

» Suerte es ésta grande para mí.

» Sabe cuánto le ama su compañero.»

El Sr. D. Antonio Martín Gamero, escritor tan entusiasta de Cervantes, y de tanta doctrina y excelente gusto literario, decía desde Toledo:

« Mucho ha hecho V. en pro de la buena fama de Cervantes; pero el mayor servicio de que puede gloriarse, á mi entender, es el de haber presentado al genio alcalaino como *escritor cristiano*, redondeando su figura con los incidentes que pasaron en sus últimos ejemplares momentos.

» La profesión de Cervantes en la Orden tercera de San Francisco, pintada por V. con singular propiedad, contribuye mucho, bajo este punto de vista, á dar realce al cuadro. Tiene también otra significación, y es la importancia que ya gozaba aquel hombre en su época. No dice usted que á su ingreso en la Orden se le exigiese información de linaje, vida y costumbres, como prevenía la regla; y quizá fuese dispensado de esta formalidad, según solía hacerse, por ser *persona de conocida sangre, señor ó caballero*: porque no ignora V. que no se concedía el «hábito á persona alguna que no tuviese oficio ó hacienda con que sustentarse, para que no fuese ocasión (dice la citada regla ó estatuto general) de murmurar en los pueblos, y que pidan el hábito de esta orden para mendigar y ser gravosos á los demás.» Desgraciadamente nuestro ingenio no tenía *oficio ni hacienda*: vivió casi *de la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo*; y esto no obstante, fué recibido entre los Terceros, que acudieron á vestirle el hábito en su propia casa y le acompañaron hasta la sepultura: prueba de que valía en el concepto público, como hoy se dice, lo que en vano quisieron regatearle sus émulos; lo que vale el hombre de limpio origen, de honrada vida y cristianas costumbres, por más que la fortuna le negara sus favores.»

El Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, cuyos escritos sobre Artes y Literatura le han alcanzado tanta y tan merecida nombradía por su acrisolado juicio y gallardo estilo, decía:

« He leído con verdadero gusto la *Última novela ejemplar de Cervantes*. A pesar del carácter triste y ascético

de esta obra, su lectura ha sido para mí, lo confieso, un sabroso recreo.

»La verdad y el reposo del cuadro, su elegante sencillez y su naturalidad expresiva, me han parecido cosas excelentes, de las que por desgracia se hace poco uso en la literatura de nuestros días. Allí se ve morir á Cervantes sin las vanidades de la gloria contemporánea, sin el estrépito del bullicio mundano; pero no solo y olvidado. Lo acompañan su esposa y algunos amigos verdaderos; y con ellos la ternura, la fe, la esperanza, la conformidad evangélica, todos los celestes consuelos que caben en tan amargo trance. Ese era el sereno morir que cuadraba á aquel hombre de alma fervorosa y creyente, de entendimiento profundo y reflexivo.

»Empiezo á cansarme, no puedo ocultarlo, de los comentadores de Cervantes. A fuerza de poner en prensa la sagacidad crítica, muchos de ellos, ansiosos de descubrir modelos *individuales* en personajes y en costumbres, han acabado por amenguar, en vez de engrandecer, el genio de aquel escritor incomparable. Cierto que sabía comprender y describir con gracia, fidelidad y peregrino ingenio los hombres y las cosas de su época; pero lo grande, lo preponderante, lo inmortal en Cervantes, es su facultad creadora de tipos permanentes y universales de la humanidad. Por eso lo han comprendido las generaciones pasadas, y lo comprenderán igualmente las generaciones venideras.

»Ahora han dado en el antojo de atribuir á Cervantes aptitudes y ciencias especiales. Á este empeño singular, que no censuro, porque no es más que una nueva forma

de la admiración pública, se prestan maravillosamente las obras del mismo Cervantes; el cual todo lo comprendía, y, como hombre ilustradísimo, de todo hablaba con seguridad y con acierto. Quién lo declara *jurista*; quién *arquitecto*; quién *geógrafo*; quién *filósofo*, etc. De todo tenía algo, en verdad, aquel pensador universal.

»De todas esas clasificaciones, la única que completamente me satisface es la que V. le aplica de *escritor cristiano*. Ésta no limita, ni *especializa*; por el contrario, ensancha y engrandece, y entra de lleno en el carácter histórico de la civilización de su tiempo y de su país.»

Muchos otros escritores han analizado en parecidos términos la *Última novela ejemplar*; pero omito sus juicios por más honrosos y excelentes que sean, á causa de la extensión que lleva ya el presente prólogo. Permítaseme, sin embargo, cerrarlo como con llave de oro, trasladando aquí parte de un trabajo que escribió el doctísimo y elegante escritor arabista, Sr. D. Francisco Javier Simonet:

«Hoy, pues, que se encuentran olvidados, ó de pocos leídos, los sabios y elegantísimos libros de los Granadas y Leones, aun podemos felicitarnos por la perenne popularidad que goza Cervantes, y por el provecho moral, intelectual y literario que puede producir su lectura, contribuyendo á una saludable reacción en las ideas y en las letras.

»Hace pocos días que el aniversario de Cervantes se ha celebrado en nuestra república literaria con un entusiasmo y lucimiento que prueban no haberse roto la cadena de oro que liga á nuestros mejores publicistas coe-

táneos, con aquel talento peregrino, con aquel escritor profundamente católico, honor de la antigua España y notoria afrenta para los autorzuelos descreídos de nuestros días.

»Entre las composiciones que con motivo de este aniversario han salido á luz en loor del *Manco de Lepanto*, nos han deleitado sobre todo encarecimiento dos bellísimas por el concepto y por la expresión, debidas á escritores tan esclarecidos y justamente afamados como los Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe y D. Adolfo de Castro, regocijo aquél de las musas granadinas, y éste de las gaditanas.

»El Sr. Fernandez-Guerra, sabio digno de nuestros siglos de oro, en quien la fe, la ciencia y el buen decir viven noble y provechosamente unidos, nos pintó á Cervantes como *esclavo del Santísimo Sacramento*; en cuya santa cofradía militó piadosamente el último tercio de su vida. Así la coronó con cristiano fervor y humildad el príncipe de los ingenios españoles, el escritor insigne en cuyo elogio se hace lenguas la posteridad, el que tan notables alabanzas consagró á los frailes y jesuitas, el que tan provechosamente supo adornar con las galas del lenguaje las máximas de la católica filosofía.

»No ménos acertado y oportuno en el elogio de Cervantes ha sabido mostrarse otro de sus más discretos admiradores y más felices imitadores de su inimitable estilo, el Sr. D. Adolfo de Castro, cuya gallarda pluma y florido ingenio campear gloriosamente en la moderna campaña de la fe contra la impiedad. El Sr. Castro, brillante impugnador del desdichado Renán; el Sr. Castro, au-

tor de *Serena*, bellissimo recuerdo de historia y filosofía cristiana; tomando acta del encomio fúnebre que rindieron á Cervantes sus coetáneos, llamándole *insigne y cristiano ingenio*, ha trazado un interesante cuadro de la sublime y ejemplarísima piedad religiosa que mostró en su postrero trance el gran escritor. Como muestra de este precioso trabajo al que su autor ha dado forma novelesca, titulándole *La Última novela ejemplar de Cervantes*, bástenos copiar el siguiente trozo de un coloquio que se supone pasó entre los que contemplaron aquella cristiana muerte. Dice así:

«Por eso repito á vuestras mercedes que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano*. Si pasando, como pasará, á la aclamación de las edades, y en ellas, por los pecados de la humanidad, decreciese la fe y se aumentasen los errores, bien será recordarles que Cervantes, objeto seguramente de su admiración, fué *ingenio cristiano*, y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos.»

»Ójala que lo entendiesen así todos los cultivadores de las ciencias y las letras, y no las pondrían, como tanto las ponen hoy, al servicio del error, malogrando los talentos que para lucrar tesoros de verdad y de bien, de Dios recibieron. Ójala que todos nuestros modernos escritores, imitando el ilustre ejemplo de los dos Sres. Fernandez-Guerra, de Castro y otros preclaros ingenios católicos de nuestros días, continuando la tradición de nuestra antigua literatura, y poniendo de realce todas las glorias nacionales de los pasados siglos, reanimaran el espíritu de esta sociedad que desmaya y perece, porque,

habiendo perdido las alas de la fe, ha caído en el lodazal de un nuevo paganismo.»

Tales son algunos de los importantísimos juicios que se han trazado acerca de *La última novela ejemplar de Cervantes*.

Si alguno me tachara de inmodesto por haberlos trasladado aquí, persuádase que ni á mis años, ni á mi experiencia, ni á mis estudios, ni á la filosofía que profeso, corresponden actos de vanagloria. Alguna otra causa superior me habrá impulsado á ello. Ciertamente se perpetúa de este modo la honra que han querido darme tan preclaros escritores; pero la honra mayor, la verdadera, resulta de Cervantes: de Cervantes, sí; no puede en ello ponerse duda.

El hecho de pintar su muerte es lo que ha engrandecido mi pluma: se ve en el escrito mio á Cervantes; no á mí, humilde escritor.

Sevilla, 7 de Diciembre de 1873.

Al frente de la novela *Persiles y Segismunda* se leen unos versos de D. Francisco de Urbina así dedicados:

«A Miguel de Cervantes, *insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos*, á quien llevaron los terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta como tercero que era.»

D. Luis Francisco Calderón escribió para el mismo intento una décima de este modo dirigida:

«Al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra, *ingenio cristiano*.»

¿Esto qué prueba? Que el pensamiento de los pocos que asistieron en su muerte al gran escritor, fué el de su cristiandad sublime; porque si bien Cervantes dió testimonios repetidos de la mucha que tenía, los que se hallan esparcidos en varias de sus obras, ciertamente no publicó un particular libro de devoción ó de enseñanza ó doctrina religiosa, por lo que debiese ser llamado *cristiano ingenio* por excelencia.

La falta de este libro se suple en parte, si bien débilmente, con el que puede escribirse pintando con vivos colores su muerte, y en el que alterne la verdad con lo verosímil.

Cervantes, que en sus novelas ejemplares nos dejó modelos de cómo deben componerse, también nos dió el asunto para una novela ejemplar en sus postrimeros días.

Por eso se denomina este librito *La última novela ejemplar de Cervantes*.

Persuadido de los ruegos de buenos amigos á escribir en tal estilo, por recordar algo de mis juveniles días, á fin de contribuir á la solemnidad religiosa y literaria con que Cádiz conmemora el aniversario de la muerte de Cervantes, no he tenido razón para la resistencia. Y con tal asunto y con tales memorias de Cervantes y mucho del estudio de sus obras y muchísimo de entusiasmo por tal autor en los lectores, mi trabajo tendrá que ser bien recibido, ¡no por mí! sino por él.

Cádiz, 21 de Abril de 1872.

Entraron en Madrid por la puente de Toledo tres amigos: venian de Esquivias en cansadas cabalgaduras. El más viejo era de aguileño rostro, nariz corva, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, Miguel de Cervantes Saavedra, para de una vez decirlo. Llegaron á la calle del León, donde estaba el humilde albergue del regocijo de las Musas.

Despidiéronse afectuosamente.

Uno de los amigos le dijo: Dios quede con vuesa merced, y le consuele y alivie en sus dolencias.

Él vaya con vuestas mercedes, y les dé de sus bienes verdaderos cuantos desear pudieren, y yo tengo obligación de desearles por todos los que en mi viaje me han hecho, les respondió Cervantes con tierno agradecimiento.

Recibióle cariñosamente su mujer doña Catalina de Salazar.

Seas bien hallada, esposa mia, le dijo.

Y ella le replicó: y tú bien venido, esposo mio, tan deseado de mi alma.

Ella en medio de los trabajos cuando ponía los ojos en su marido y se veía su mujer y que ya lo tenía otra

vez junto á sí, le parecía que con solo tenerle tenía todo, aunque todo le faltase.

¿Y tu salud? añadió doña Catalina: imagino que tus sufrimientos crecen y que en vano te separaste de mí para encontrar alivio en el campo.

Te engañas, Catalina, fué la respuesta de Cervantes: mejor me siento. Y esto decia cuidadoso de excusarle penas y quitarle sobresaltos.

Pero ella no podia prestar fe á las palabras del marido, mientras los ojos de Cervantes de suyo se iban hacia su esposa, no disimulando aquello mismo que quería disimular.

Fatigas del camino á mis años y con mis sufrimientos me obligan á buscar en el lecho el alivio y el regalo que he menester, dijo á su esposa; y recogióse en tanto que doña Catalina escondió bajo un santo silencio su respuesta y sus temores. Y pasaron cuatro ó cinco dias, y la enfermedad que padecía Cervantes comenzó á mostrarse más rigurosa, y la mujer y los amigos á ver con certidumbre que su fin más ó menos próximamente se acercaba.

Pero acostumbrado á mirar y sufrir sin consternación los trabajos, así eran en él las ansias de la hidropesía, cual si no fuesen.

Llegaron en esto los primeros dias de la Semana Santa de 1616; y Cervantes, conmovido del espíritu del Señor, quiso hablar con un venerable religioso de la orden de San Francisco, al cual venido á su presencia dijo estas palabras:

Tres años apénas son contados que en Alcalá, mi

patria, pedí por amor de Dios el hábito en la orden tercera de penitencia, y entré de novicio. Terminado el año primero y no teniendo, como no tenía ni tengo, impedimento, debí haber profesado; pero ni descuido, ni negligencia, ni virtual desprecio á la orden que tanto bien me hizo al admitirme, y luego me ha hecho no excluyéndome de ella como indigno de sus privilegios, estorbáron mi entrada.

No me obligó á ello el amor del siglo; pues no siendo por la institución de la orden, ni estrechamente religioso, ni estrechamente seglar, sino un medio entre ambos, ¿qué contrariedad habría para mí, si quedo en mi casa y al lado de mi esposa?

Pero ¡ay, padre mio! la misma institución establece que á los hermanos de la orden tercera es defendido y entredicho que en ninguna manera vayan á convites, autos, juegos ó danzas, y que á los representantes ni por ver tales vanidades ninguna cosa dén, y que tengan cuidado de defender que de su familia propia ninguna cosa les sea dada.

Escribí para el teatro unas comedias que se representaron con aplauso; dejé el teatro por otras ocupaciones; y pensando que aún duraban los tiempos en que corrían mis alabanzas, volví á componer comedias y entremeses que vendí, ya novicio, á un librero, para no tener cuenta con dimes y diretes de representantes. Y aún estaba escribiendo otra intitulada *El engaño á los ojos*, de que esperaba dinero y loores.

Mal se avienen el resucitado amor del teatro por mi